

## Libros

---

### El economista y el poeta. Una nota sobre Fabián Estapé

---

Ningún economista ha tenido una vida tan fascinante, tan variada y, todo hay que decirlo, tan atractiva, como la de Fabián Estapé. Resulta sorprendente, por ejemplo, encontrarnos con un profesor que tiene en su casa, en una caja, debajo de su mesa de trabajo, con espanto de su mujer, lo que quedaba del cadáver de Inocencio Cerdá, un hombre fundamental para la creación de la Barcelona moderna, hasta que logra librarlo de la fosa común. O bien que fue cesado fulminantemente como Comisario Adjunto de la Comisaría del Plan de Desarrollo Económico y Social porque, con el despacho situado exactamente encima del que ocupaba en la Presidencia del Gobierno el almirante Carrero, éste vio, estupefacto que ascendía por la escalera una máquina tragaperras camino del antedespacho de Estapé. La había comprado éste de su bolsillo para que las visitas no se aburriesen en la espera. Ahora la regaló al Museo del Juguete de Figueras.

Adivinamos 1.000 aspectos de la vida de este catedrático de la Universidad de Barcelona, primero, en sus *Conversas*; luego en su libro de memorias, *De tots colors*. Últimamente, con *El juego de vivir* hemos conocido más sobre su vida y opiniones. Como Fabián Estapé, economista de la Escuela de Madrid en su enlace con Barcelona, será forzoso objeto de estudio por parte de todo el que quiera comprender los vínculos entre el pensamiento económico español de la segunda mitad del siglo XX y la evolución de nuestra política económica, es conveniente completar su biografía con todos los detalles complementarios que sea posible localizar.

He aquí que, de pronto, en el libro de Miguel Dalmau, *Jaime Gil de Biedma. Retrato de un poeta* (Circe, Barcelona, 2004) aparece repetidas veces la figura de Fabián Estapé en relación con la parábola vital de Jaime Gil de Biedma. Por eso no debe hurtarse al mundo de los economistas la crónica del papel que Estapé jugó en la literatura española.

Conviene señalar que a Jaime Gil de Biedma y sus amigos, en gran medida hijos de papá, o convertidos en hijos de papá, no les tengo ninguna simpatía. Gil de Biedma quemó su vida, y es posible que dejase poca cosa. Pero en eso que dejó queda algún poema, algún verso, que hay que confesar que es impar, y que hace olvidar, al leerlo, todo lo que su autor tiene de repulsivo, de intragable niño bien, que evoluciona del juanismo a un pseudo-comunismo. Hizo bien Manuel Sacristán negándose a

admitirlo en "el Partido", aunque para eso tuviese que echar mano, ante la protesta de Estapé (pág. 284), de una carta de Lenin escrita en 1895 "dando instrucciones al partido bolchevique para que en ningún caso se admitiese en él... a un homosexual". Pero cuando, por ejemplo se lee aquello titulado *Ruinas del Tercer Reich*,

Por los rusos vencido y por los años  
aún el irritado corazón  
te pide guerra. Y en las horas últimas  
de soledad y alcohol,  
enfurecida y flaca, con las uñas  
destrozas el respunte de tu guante negro,  
tu viejo guante de manopla negro  
con que al partir dijiste adiós,

se comprende que era un poeta de verdad, y se olvida uno de todo lo demás.

Y he ahí que eso parece deberse a Estapé. En las págs. 230-231 se contiene este texto: "El alumno invitó al maestro a cenar al restaurante La Perdiz, en la avenida de Roma, y luego regresaron hasta sus casas dando un largo paseo... Dice Estapé: «Me acabó contando que se había enamorado de un compañero de carrera». Ante aquella confesión, el profesor tuvo una respuesta inesperada: «le recomendé como salida que escribiera versos». Estapé pretendía así que su alumno ahuyentase los fantasmas mediante una actividad noble, elevada y absorbente como la poesía. «Empieza por los sonetos, que es lo más jodido», le dijo antes de despedirse. El consejo no cayó en saco roto. Y aquella misma primavera, empezó a escribir poemas".

Era el año 1949. Algún tiempo después, en su poema *De vita beata*, calificaba el poeta a España de "viejo país ineficiente". Su maestro, los amigos de su maestro, habían trabajado duro para que fuese, como ahora es, eficaz. Lo hicieron gentes ajenas a él, gentes a las que Gil de Biedma jamás conoció. Pero supo cantarlas en aquellos años duros, cuando actuaban para enderezar las cosas al margen del entorno vital de los hijos de papá de Barcelona. Y lo hizo de modo perfecto:

Me acuerdo que de pronto amé la vida,  
porque la calle olía a cocina y a cuero de zapatos.

Mereció la pena el consejo de Estapé. Es más, como dice en la pág. 370 Miguel Dalmau de Gil de Biedma, estos últimos citados, "son versos que bastan para salvarle".

**Juan Velarde Fuertes**